



“Cuando hablamos del capitalismo –ya lo sabéis todos– no hablamos de la propiedad. La propiedad privada es lo contrario del capitalismo; la propiedad es la proyección directa del hombre sobre sus cosas: es un atributo elemental humano. El capitalismo ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la propiedad del capital, del instrumento técnico de dominación económica...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 369 (2ª Época). Junio 2023

1. **De fútbol, racismo y dignidad.** *Manuel Parra Celaya*
2. **No se puede ser racista siendo español.** *Carlos León Roch*
3. **Lo que otros callan.** *José María García de Tuñón Aza*
4. **Sobre tumbas y héroes.** *José Lorenzo García*
5. **La fosa común del periodismo.** *Javier Compás*
6. **La diferencia.** *Alfonso Ussía*
7. **Juicio y asesinato de José Antonio.** *Pedro Fernández Barbadillo*
8. **El político-poeta José Antonio Primo de Rivera.** *Javier Ruiz Portella*
9. **Carta a un amigo que no conoce a José Antonio.** *Jeroni Miquel Mas Rigo*
10. **No hay canto de cisne.** *Rafael Sánchez Mazas*

Les doy mi palabra de honor que, como totalmente ausente física, mental y anímicamente del ámbito del fútbol, no sabía quién era Vinicius hasta que las portadas de los medios me informan de la trifulca que se ha montado a raíz de los gritos en el estadio del Valencia. Me viene de muy lejos esta ignorancia y desapego, pues, hace muchísimos años, escandalicé a un auditorio al preguntar quién era un tal Cruyff del que tanto se hablaba...

Ahora me he enterado (no de Cruyff, sino de Vinicius), pues el asunto ha cobrado eco internacional con la intervención del presidente del Brasil, que lo ha convertido en un tema de Estado, ha llamado a consultas a nuestro embajador y ha aprovechado para endilgarnos a los españoles la acusación de *racismo*, en un hueco en su agenda que le ha dejado su acercamiento a China y pasado el disgusto por no haber sido el artífice de la paz en la guerra de Ucrania; ha llevado, incluso, el tema *a lo divino*, mandando dejar a oscuras la imagen del Cristo de Río de Janeiro, cosa que tampoco es extraña en un ámbito que casi lleva a los altares a Maradona.

Se ha unido así el señor Lula Da Silva a los histriónicos López Obrador y Gustavo Petro, quizás a la espera de que el Gobierno española también le conceda la Encomienda de Isabel la Católica; parece que aquellos maravillosos *payasos de la tele* no logran sucesores dignos a la hora de encandilar públicos con sus ingeniosidades.



Relaciono a los tres dignatarios mencionados porque, aunque ellos no lo sepan, sus países forman parte de esa gran “*ecúmene iberoamericana*”, en expresión de Alberto Buena, quien proponía la construcción de un espacio geopolítico en el que, por supuesto, estaría incluido Brasil. Saco la consecuencia de que me sigue doliendo que los mayores propagadores de la *Leyenda Negra* sean ahora mis prójimos hispanos, además de los habituales connacionales: los progresistas, los incultos y los *compañeros de viaje* de toda laya. Como sabemos, esta *leyenda* sigue siendo “*un arma de psicología política*” (Antonio Moreno Ruiz), que resurgió en tierras americanas a raíz precisamente del Foro de Sao Paulo, a finales del siglo pasado. Fue calificada

antaño de *espantajo* por doña Emilio Pardo Bazán, pero, por lo visto, goza de buena salud.

El señor Da Silva opina que es indigno que los campos de fútbol sean germen y cobijo de *fascistas* y *racistas*; lo del *fascismo* no lo acabo de entender, pero lo de *racismo* merece algún comentario más profundo. Vayamos por partes.

Es evidente que algunos componentes de las masas que se mueven en torno a lo que antes era un deporte -y ahora es un negocio- viven su apasionamiento con formas que escapan a toda consideración de educación, de civismo e, incluso, de comportamiento humano; desde antiguo, han proliferado los chistes lamentables sobre alusiones a las madres de los árbitros o a las de los componentes del equipo rival, aspecto que por sí solo aleja a esos *forofos* de cualquier rasgo de deportividad. También, por desgracia, siguen siendo noticia los enfrentamientos entre las hinchadas en partidos de máxima rivalidad, con violencia incluida, y creo que ahí se llevan la palma los seguidores de los equipos de la Rubia Albión en sus desplazamientos por otras naciones, y eso sin desmerecer a los exaltados *localistas* españoles que también han llegado a ser lamentable noticia por sus actos agresivos. Ahora bien, nos permitimos dudar de que ese fenómeno execrable sea atribuible a ideología política alguna y, en el caso de España que nos ocupa, mucho menos a un *racismo*.

La primera razón es que los españoles fuimos, históricamente, los menos racistas del universo; ya en nuestro propio solar se fusionaron todos los pueblos que iban entrando en la Península, de forma que suena a chiste que alguien se atribuya *pureza racial* alguna; posteriormente, aquella *limpieza de sangre*, tan exigida para ocupar cargos y recibir prebendas, obedecía más a razones religiosas que raciales; y, cuando descubrimos el Nuevo Mundo (sí, sí, fuimos nosotros), nos aplicamos a algo que desconocían y rechazaban, por ejemplo, los anglosajones que no paraban en la sucia tarea de hacernos la puñeta: el Mestizaje. Los Reyes Católicos, ya en 1503, lo fomentaron y casi exigieron, mientras que, por seguir con el ejemplo, tuvieron que pasar nada menos que cinco siglos para que dieciséis estados de U.S.A. permitieran los matrimonios interraciales, creo que allá por 1967.

Búsquese algo aproximado a las Leyes de Indias españolas en todos los procesos colonizadores que en el mundo han sido; claro que España era católica, y el catolicismo nunca entendió de *predestinaciones* ni de *salvaciones por el éxito* por razones económicas.

En estos tiempos, sin embargo, nos hemos *modernizado* mucho en España y, de esta forma, hemos asimilado -no el racismo, por Dios, aunque lo diga el señor Da Silva-, pero sí el fanatismo futbolero; a lo mejor es una manera de sublimar las frustraciones que nos deparan los políticos, que han instituido eso que llaman *delito de odio*, sin que lleguemos a saber cómo se cuantifican los sentimientos a la hora de

aplicar un Código Penal. Lo cierto e indiscutible es que el insulto soez, lo chabacano, lo grosero, incluso la violencia extrema, no se circunscriben a razas, colores o procedencias, y se ceban en cualquier característica que se ponga a la vista en el rival.

Me ahorro los calificativos que me merecen las actitudes sumisas y perrunas ante el señor Da Silva de las Instituciones del Español y de los partidos políticos que ahora están en liza electoral y lo aprovechan todo para ganar votos y dar fe de su condición de *políticamente correctos*; es un síntoma más de la desaparición de eso que en otros tiempos se llamaba *dignidad nacional*.

Y pido perdón a los lectores por haberles aburrido con este tema, ya que mi idea inicial era glosar la festividad de San Fernando, otrora *patrón de la juventud*.

2

No se puede ser racista siendo español

Carlos León Roch

Hace unos años, en una revista antropológica estadounidense se afirmaba que los españoles no éramos de la raza blanca sino mestizos. Se produjo un revuelo injustificado porque, a mi entender, tenían razón aunque en nuestros documentos aparezcamos con el calificativo de raza “caucásica”.

Y es que pocos pueblos del mundo pueden ostentar el calificativo de “mestizos” con más propiedad. Desde el comienzo de la Humanidad, la península Ibérica fue tierra de acogida de múltiples pueblos, procedentes del norte de Europa o del norte de África atraídos por su clima templado y por situación estratégica.

Y recién fundado el Islam, su afán expansionista se extendió por todo el mundo conocido y en la península ibérica se sostuvo durante casi ocho siglos, mezclándose su sangre con la autóctona que dejó en ese largo periodo de ser la autóctona.

Y tras esos ocho siglos de luchas -y de bodas-, alcanzada la unidad política comienzan otros cuatro siglos de presencia y arraigo en América, en “Las Españas”, donde el mestizaje se hizo profundo, enraizado, amado y fomentado.

España no puede ser racista, aunque existan algunos racistas; como no puede ser sodomista, aunque algunos lo sean, ni puede ser cristianófoga; España es mestiza.



Como dice José Antonio en un discurso en el Parlamento en 1934: *España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal.*

El brillante futbolista Vinicius –como tantos millones de mestizos- puede estar tranquilo: es uno de los nuestros.

3

Lo que otros callan

José María García de Tuñón Aza

Recuerdo que un buen amigo mío me decía, en cierta ocasión, que cuando en muchos lugares de España los familiares reclaman los restos de sus muertos, deberían aportar también los nombres de todos los asesinados, por sus parientes, durante la guerra civil o al principio para hacer que la memoria democrática fueran más justa y equitativa.

Así es, porque esta izquierda rencorosa, no para de reclamar lo que ellos piensan que tienen derecho, yo no se lo quito, allá cada cual. Pero olvidan cuando ellos mismos, desde que comenzó la II República, que creen que fue idílica, porque no respetaron absolutamente nada y así podíamos decir que ahí comenzó la persecución religiosa de la que más delante me haré eco de ella. Comenzó aquella República, con la quema de iglesias y conventos en muchas ciudades de España, mayo de 1931, siguiendo con la Revolución de Octubre del 34, donde hubo más de mil muertos, entre ellos varios seminaristas y sacerdotes, – ¡matadlos que son curas!– era el grito de algunos energúmenos, hasta que terminaron con la vida del jefe de la oposición, José Calvo Sotelo, julio de 1936, asesinado por los herederos ideológicos de los que también habían asesinado al presidente del Consejo de Ministros Antonio Cánovas del Castillo, al también presidente José Canalejas, y, con el mismo cargo, Eduardo Dato..

Pero en este momento, los herederos ideológicos de aquellos que quemaron iglesias y asesinarían después, no contentos con todo lo que hicieron, quieren ir un poco más allá. Ahora, un tal Fernando Garea ha dicho que había que volar el Valle de los Caídos –son palabras textuales– que, es de suponer, estaría incluida también la voladura de la Cruz, que preside el



complejo, de 150 metros de altura y considerada la más alta del mundo. Esta mala idea, viene de muy atrás y está en la mente de algún descerebrado. Por otra parte, un aspirante, en las próximas elecciones, a la alcaldía de Madrid, representando a la formación política de extrema izquierda Podemos, que responde al nombre de Roberto Sotomayor, antiguo atleta de los 1500 y 3000 metros, ha querido correr un poco más, y ha dicho, además de que piensa construir en Madrid 131 playas, derribar el Arco de Triunfo porque este monumento, dice, es una «vergüenza democrática». «Hemos venido para recordar que, junto al Arco del Triunfo franquista, en Madrid todavía queda muchísimo para hacer justicia con los represaliados, asesinados y sus familias por la dictadura». Pero ni una sola palabra de recordatorio a todos los crímenes que cometieron sus mayores ideológicos en esta España nuestra.

Y uno de los peores y mayores recuerdos fue aquella Revolución del 34, una gran verdad histórica, aunque ahora hacen todo lo posible para no recordarla. No fue, como quieren hacernos creer, una insurrección de los obreros ya que no fueron ellos los protagonistas, sino los partidos de izquierdas. Esos que prometen muchas cosas como ahora promete Pedro Sánchez, para después no cumplir ninguna, o casi ninguna. Octubre del 34 fue una insurrección izquierdista, totalmente antidemocrática, que, además, asesinó, como ya se ha repetido, a varios seminaristas que ningún mal habían hecho. Fue el principio de la gran persecución que había de sufrir la Iglesia en España y que, todavía hoy, después de tantos años, alguna selvática indocumentada nos recuerda: «Arderéis como en el 36».

Los asesinos de aquellos seminaristas estaban dirigidos por los socialistas Indalecio Prieto, natural de Oviedo, y Francisco Largo Caballero, el que, precisamente en Oviedo, junio de 1936, habló de implantar la dictadura del proletariado mientras sus seguidores daban vivas a Rusia y al ejército rojo. Ahora, los dos, como ya es de todos conocido, tienen levantados en Madrid sendos monumentos que, sus seguidores, protegen y defienden como si hubieran sido unos héroes libres de todo mal.

Ahora permítaseme recuerde a los 6 seminaristas asesinados en aquel 7 de octubre de 1934 y que no llegaron a alcanzar el sacerdocio, porque unos asesinos lo impidieron. Todos eran hijos de familias humildes, posiblemente más humildes que las de sus propios verdugos. Habían nacido, y eran vecinos, de pequeñas localidades asturianas donde su progenitor se dedicaba a la agricultura, a la pesca o trabajaba en la mina. «Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra», dice el evangelista San Juan.

Después, cuando dio comienzo la Guerra Civil, fue tan rápida la acción y tan exterminador su empuje, que, pasados solo unos pocos días desde la rebelión militar, Andrés Nin, jefe del POUM, –más tarde sería víctima de los comunistas– escribió en La Vanguardia de Barcelona: «La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia sencillamente, no dejando en pie ni una siquiera». Así daba comienzo la mayor

persecución religiosa, en tan poco tiempo, que hubo en toda la historia de la Iglesia. La documentación sobre los mártires españoles es rigurosa. Fueron miles. Entre ellos estos seminaristas beatificados que querían ser sacerdotes, «pero Dios eligió para ellos el altar del más alto sacrificio para una misa que no acaba: dar la propia vida como testimonio de amor hacia Quien dio la vida por ellos», dijo un día, el arzobispo de Oviedo, Jesús Sanz Montes.

Y no me resisto terminar sin recoger, en honor de los nuevos beatos, este bello poema del poeta republicano y exiliado, León Felipe:

*Hazme una cruz sencilla,
carpintero...
sin añadidos
ni ornamentos..
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos.
Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto:
este equilibrio humano de los dos mandamientos...
sencilla, sencilla...
hazme una cruz sencilla, carpintero.*

4

Sobre tumbas y héroes

José Lorenzo García

La primera vez que tuve los restos de José Antonio delante de mi, fue en la Navidad de 1957 en el centro de la Basílica de El Escorial (en el libro de Luys Santa Marina "Hacia José Antonio", AHR,1958, pág 193, hay una foto ilustrativa de su tercera tumba). Con once años estaba esos días con mi centuria "Juan Sebastián Elcano" en el albergue de barracones del Frente de Juventudes de Santa María del Buen Aire y fuimos con nuestros mandos a rendirle a José Antonio un sencillo homenaje. Como parece que la presencia del fundador de Falange, por estar situada su tumba encima de la cripta del panteón real del Monasterio, molestaba a los monárquicos (Franco Salgado-Araujo en "Mis conversaciones privadas con Franco",

refleja una queja de Don Juan, pag. 60), en Abril de 1959 sus restos se trasladaron espontáneamente a hombros de sus camaradas de a pie, para situarse dentro de la Basílica del Valle de los Caídos que se inauguraba entonces al cumplirse los 30 años del fin de la contienda civil.

En los años sesenta acudí todos los 20N con mis camaradas del "Tinglado" (FES, JF. Y FNT), al nuevo emplazamiento de su sepulcro delante del altar mayor del Valle de los Caídos (la cabecera - cabeza de Cristo- donde tradicionalmente la Iglesia situaba los sepulcros de



Tumba de José Antonio en El Escorial.

personas notables o benefactores de la Iglesia). Nosotros íbamos allí a revalidar nuestro compromiso de juramento anual de fidelidad joseantoniana. Único grupo que luchaba entonces por la resurrección de la Falange.

Aunque más adelante no acudí todos los 20N al Valle. Éste lugar tiene para mí y otros miles de españoles un indiscutible interés no sólo histórico-artístico y paisajístico sino que también está lleno de indudables resonancias doctrinales y emocionales. Hace unos pocos años volví allí con mi excamarada JFK, nos hicimos varias fotos delante de la más monumental de las cruces levantada en el mundo y me testimonió con rotundidad que el Valle de los Caídos era la historia de un gran fracaso. Visto lo acaecido, parece cierto. Los hechos lo demuestran. Pero la verdadera historia no sólo se hace en las grandes batallas sino que la realizan los hombres con ideas claras, con valentía y tesón.

No se trata ya de romper frentes y trincheras, pero si quizás de armarnos de argumentos, de razón y decisión para recuperar aquellos valores de compromiso social y ética política proclamados hace casi noventa años.

Pero dónde encontrar ya un altavoz que haga sonar nuestra excelente música y letra. Situadas nuestras ideas en un nicho sin futuro ni espacio político, especialmente desde el boicoteado -¿por quienes?- último intento de unidad falangista en octubre de 1976. (Palacio de Congresos de Madrid, donde Sigfredo Hillers, nuestro líder entonces, no pudo continuar su discurso y se organizó una batalla campal que fue portada en toda la prensa nacional).

En las jornadas de la reciente y última exhumación de los restos de José Antonio, aparte de las acostumbradas desinformaciones de prácticamente todas las televisiones, sólo pudo escucharse algún editorial imparcial en "El Toro TV", opiniones sinceras de periodistas de la COPE, artículos en el católico El DEBATE, y de la Gaceta de la Iberosfera, incluso del siempre monárquico Ussía, con reparos. Lo mejor, tuvo especial acogida en el anterior número de ésta GACETA Jose Antonio, y poco más. Tres días antes del traslado de los restos del Fundador a Madrid se había cerrado a cal y canto el Valle de los Caídos. A los monjes se les prohibió decir misa durante casi 15 días y en esa triste jornada se cerraron los accesos a la Sacramental de San Isidro. Lo que provocó la ira y la frustración de los joseantonianos que esperaban tranquilamente honrar a su Fundador.

¿Era realmente necesario un 5º enterramiento, casi clandestino, de José Antonio? ¿Dónde están ahora nuestros sobrevivientes y antiguos camaradas? ¿Y los beneficiarios del régimen de Franco? ¿Y los sempiternos actualizadores de la doctrina?...

Quizás nunca debió de glorificarse y santificarse tanto la figura humana de José Antonio. Aunque Ridruejo, Ros, Sáenz de Heredia y los demás camaradas organizadores de aquello lo realizaron con toda la grandeza de su gran corazón. No obstante, y visto desde ahora, el mensaje joseantoniano de concordia nacional, y justicia social permanece, y seguirá inalterable. Pese a quien pese.

"Entre todos lo mataron y el sólo se murió". Al menos, ésta nueva morada parece que será ya definitiva.

5

La fosa común del periodismo

Javier Compás para Diario de Sevilla

No es propiamente una fosa exclusiva para el periodismo, es, quizás y lamentablemente, una fosa mucho más grande, la fosa de la educación, donde, junto a los exquisitos cadáveres dejados por esa que dicen la generación mejor preparada de la historia de España (¿y de cuál no se ha dicho que lo ha sido?) se le está haciendo hueco a la prensa nacional.

Hemos asistido estos días a una evidencia terriblemente reveladora. Con motivo del traslado de los restos mortales de José Antonio, el quinto enterramiento de este hombre que murió hace nada menos que casi 87 años, ha dado vergüenza ajena leer y escuchar a periodistas ¿? de medios escritos, hablados y audiovisuales, componiendo

lamentables referencias de la noticia, sin rigor profesional, con una absoluta falta de documentación sobre la historia de España y sobre el personaje en cuestión.

Al joven abogado fusilado tras una pantomima de juicio en la cárcel de Alicante en noviembre de 1936, se le ha llamado franquista, colaborador de la dictadura, militar, se la ha confundido con su padre, Miguel Primo de Rivera, por cierto también mal citado en algunos medios. Pero no hablamos de blogueros indocumentados, sino de medios de primera línea nacional como TVE. ¿Nadie supervisa, nadie contrasta la información?

José Antonio Primo de Rivera fundó, junto a otros, Falange Española, partido del que fue el primer Jefe Nacional. Fue un joven y brillante abogado, bien situado económica y profesionalmente, que arriesgó todo por unos ideales, estuviesen más o menos equivocados. Recibió a la República con ilusión, como muchos miles de españoles y contuvo, hasta que no pudo más, la contestación violenta tras los numerosos asesinatos cometidos por comunistas y socialistas contra miembros, la mayoría muy jóvenes, de su partido.

Fue detenido meses antes del estallido de la Guerra Civil, como numerosísimos falangistas, y enviado a la cárcel de Alicante donde, tras su muerte, fue arrojado a una fosa común.



Esa es muy sucintamente la cronología de José Antonio Primo de Rivera. No entraré en la utilización posterior de su figura como mito propiciatorio del nuevo régimen político surgido tras la Guerra. Probablemente la familia ha decidido lo correcto, llevarlo a un enterramiento sagrado, como él deseaba.

Tras las barbaridades informativas vistas y leídas, he llegado a preguntarme si tanta ignorancia y falta de profesionalidad no será una campaña orquestada para ocultar al verdadero personaje a las nuevas generaciones. Pero probablemente la realidad sea mucho más prosaica, simplemente es la consecuencia de la falta de preparación, de cómo va ganando terreno un periodismo de la inmediatez, del consumo desechable. El reino del *clickbait*, titulares efectistas y equívocos para conseguir el *click* del lector.

La cultura informativa audiovisual deriva hacia el lenguaje soez, reporteros a veces de estafalarias apariencias que se gustan en su propia ignorancia, haciendo gracietas de sus desconocimientos, da vergüenza ajena. Incluso un popular locutor de las mañanas de la radio, estrella de la derecha y que ha llamado lerdos precisamente a los que han dado esas informaciones erróneas, también se equivocó, pues dijo que José Antonio ni siquiera fue parlamentario, lo fue hasta enero de 1936 por Cádiz, precisamente al no revalidar su escaño en las elecciones de febrero, pudo ser detenido y encarcelado. Descanse en paz, por fin.

6

La diferencia

Alfonso Ussía para El Debate

Cuando José Antonio Primo de Rivera fue juzgado en Alicante por un tribunal ignorante y populachero, supo desde el primer día la gravedad de su sentencia condenatoria. No obstante, asumió su propia defensa y la culminó con grandiosa brillantez. Pero Largo Caballero, desde Madrid, ordenó al «jurado» la pena de muerte y su precipitada ejecución. Fue un juicio grosero y sin garantía alguna. El mayor asesino del PSOE, hoy homenajeado en La Castellana de Madrid en un monumento horroroso, ordenó su muerte.

Nunca he sido joseantoniano ni falangista. En mi juventud apenas me interesó su figura, pero no pude impedir que me sintiera influido en la animadversión. Me dibujaron a José Antonio como un resentido de la vida, un antimonárquico visceral que no perdonó a Alfonso XIII la caída de su padre, don Miguel. Pero también –mis padres lo conocieron y trataron, por ser amigos de su hermano Fernando, médico, asesinado en Madrid por la turba socialcomunista, y marido de una prima de mi padre–, me elogiaron su carisma, su atractivo personal y la causa fundamental de su tristeza. En «Madrid de Corte a Checa» de Agustín de Foxá, gran amigo de José Antonio, se entrelee el motivo. En su fabulosa novela, la protagonista femenina es Pilar Azlor y Castillo de Abrantes. Mitad real, mitad inventada. José Antonio se enamoró –y fue correspondido–, profundamente de Pilar Azlor de Aragón, hija de los duques de Luna. Por razones inexplicables, los padres de Pilar se opusieron tajantemente a la boda de



su hija con José Antonio, un joven y brillantísimo abogado, hijo de los marqueses de Estella. Y José Antonio vivió sus mejores años, los previos a su suplicio y asesinato, distanciado de su clase social por semejante desprecio. Para los no leídos, bueno es que sepan que José Antonio no fue un dirigente fascista, sino el líder indiscutible de una nueva izquierda nacional enfrentada al comunismo. Se entremezclaban en su cabeza la generosidad, la valentía, la cultura, la elegancia y, también, un poso de resentimiento perfectamente comprensible.

Largo Caballero descolgó el teléfono de su despacho y transmitió la orden. «Hay que condenarlo a muerte y ejecutarlo sin tardanza». Cuando se terminó de construir la basílica del Valle de los Caídos, el féretro de José Antonio, el idealista, fue llevado a hombros de los suyos desde Alicante hasta Cuelgamuros. Fueron más de quince mil los falangistas que se turnaron para llevar a José Antonio a los que ellos creían que sería su última morada. En este aspecto, se equivocaron. Los nuevos «largos caballeros», los condensadores del rencor y el odio, después de asesinarlo, por una interpretación chusca y asnal de la Ley chusca y asnal de la memoria Democrática, han decidido deshabitar los huesos de su víctima de su tumba. A partir del lunes, aquel patriota español –que lo fue está fuera de toda discusión–, descansará junto a su hermana Pilar en el cementerio de San Isidro. Qué valientes los profanadores de sus restos, qué callada la Iglesia, qué manera de desviar la atención de los españoles con semejante ignominia de los gravísimos problemas que nos vienen gracias a estos sinvergüenzas que nos gobiernan.

Descansará junto a Pilar, su querida hermana, a la que dedicó unos versos por su escasa maestría tocando el piano del salón de su casa.

*Pilarcita ha comprado un piano
De segunda mano, de segunda mano.
Por ese motivo, todos los vecinos
Están muy mohínos, están muy mohínos.*

Informado de su condena a muerte e inmediata ejecución, José Antonio resumió en una frase toda su grandeza humana y patriótica. «*Ójala fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ójala encontrara, ya en paz, el pueblo español, la Patria, el pan y la Justicia*».

Dolores Ibarruri, La Pasionaria, no se mostró tan generosa: «*Más vale ejecutar a cien inocentes, a que se escape un fascista vivo*».

El deseo de José Antonio no se ha cumplido. El de la dirigente comunista, se cumplió con creces.

La diferencia.

A finales de octubre de 1933, en el discurso fundacional de Falange Española, José Antonio pronunció las palabras que siempre se le echan en cara por parte de los izquierdistas para culparle de incitar a la violencia: «Bien está la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Después, cuando se ofende a la justicia y a la patria, no hay más dialéctica admisible que la de los puños y las pistolas».

Semanas antes, en septiembre de 1933, Largo Caballero, ministro del Gobierno de la República hasta el día 12 de ese mes, declaró a *Renovación* las siguientes incitaciones a la violencia: «¿En qué se diferencia el Partido Socialista del partido comunista? Doctrinalmente, en nada. Nosotros profesamos el marxismo en toda su pureza». «¿Llegar al socialismo dentro de la democracia burguesa? ¡Eso es imposible!». «Yo no sé cómo hay quien tiene tanto horror a la dictadura del proletariado, a una posible violencia obrera. ¿No es mil veces preferible la violencia obrera al fascismo?». «El socialismo tendrá que llegar también a la violencia máxima para desplazar al capitalismo». «Estamos a las puertas de una acción de tal naturaleza que conduzca al proletariado a la revolución social». Pero para la «memoria histórica» los violentos son los falangistas... ¡que todavía no existían!

Una vez asesinado, el cuerpo de José Antonio fue arrojado a una fosa común en la sacramental de Florida Alta en Alicante, junto a otros dos falangistas y dos carlistas fusilados con él. La embajada británica reclamó al Gobierno del Frente Popular una prueba de la muerte del caudillo falangista, debido a la insistencia de Elizabeth Bibescu. Esta era hija del político liberal Herbert Henry Asquith y era el amor secreto de José Antonio. Como no se había redactado certificado de defunción, se exhumó por primera vez el cadáver ante el juez Federico Enjuto y un funcionario de la embajada. En 1938, el cuerpo se trasladó de la fosa común a un nicho del cementerio Nuestra Señora de los Remedios, también en Alicante. El 20 de noviembre de ese año, Franco comunicó desde Burgos a todos los españoles de la zona nacional el asesinato del jefe de la Falange.



El escritor Rafael García Serrano, falangista y alférez provisional, recogió una copla que cantaban muchos de quienes vestían camisa azul:

«Échale amargura al vino
y tristeza a la guitarra.
Compañero, nos mataron
al mejor hombre de España».

El 19 de noviembre de 1939, de nuevo se abrió la tumba de José Antonio, esta vez por los vencedores de la guerra, para realizar un impresionante traslado a pie hasta El Escorial, adonde llegó el féretro el día 30. Así describió la entrada el periodista Víctor de la Serna en el diario *Informaciones*: «Trae el féretro del Fundador el oro tostado de unas hojas de olmo caídas al paso por el viejo y húmido parque. Aún están calientes del último sol bermejo de las Españas y son el último calor para su cuerpo. ¡Amado sol de España, Dios mío, que él amaba tanto y bajo el cual aleccionó tantas veces!».

Fue inhumado al pie del altar mayor de la basílica del monasterio. Se colocó una lápida con su nombre, aunque el ataúd no se hallaba justo debajo, sino a un lado. El 31 de marzo de 1959, la víspera de la inauguración del Valle de los Caídos, José Antonio fue exhumado por cuarta vez para trasladarle al que se esperaba su destino definitivo. Se le colocó en el mismo lugar en el altar mayor de la iglesia de la Santa Cruz (correspondió al papa Juan XXIII elevar el templo a la condición de basílica).

Ahora, la familia Primo de Rivera ha decidido exhumar por quinta vez a José Antonio, para que el Gobierno socialista no humille a su familiar, como hizo con Francisco Franco. Joaquín Leguina, primer presidente de la Comunidad de Madrid (1983-1995), ha sido de los pocos miembros del PSOE que ha criticado las leyes de «memoria» elaboradas por sus correligionarios y hasta ha defendido a José Antonio (declaraciones a la cadena de televisión 7NN el 20 de octubre pasado): «Ha habido una reconciliación nacional. Acabemos con esto. Y ahora quieren desenterrar también a José Antonio Primo de Rivera. ¿Pero qué pasó con José Antonio Primo de Rivera? ¿Murió de pulmonía? Murió fusilado tras un juicio impresentable». En la España del PSOE, la «memoria democrática» y las autonomías, los vivos no dejan a los muertos descansar en paz.

Si Indalecio Prieto fue el español que más veces escapó de España para no responder por sus delitos y rebeliones (1917, 1930, 1934 y 1938), José Antonio Primo de Rivera, después de haber sido asesinado, es el español cuyo cuerpo más veces se ha exhumado. Unos mueren y otros se «exilian» para disfrutar del botín robado. ¡Y la izquierda diciéndonos quiénes son las víctimas y los verdugos, los buenos y los malos!

«Dejando alzada nuestra bandera vamos a defenderla alegremente, poéticamente. Porque hay algunos que creen que para aunar voluntades [...] hay que ocultar todo lo que pueda despertar una emoción o señalar una actitud enérgica y extrema. ¡Qué equivocación!»



La bandera que José Antonio Primo de Rivera quería alzar era, obviamente, una bandera política. Enarbolándola, añadía: *«A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!»*.

Nunca semejantes palabras —la conjunción de lo poético y lo político— habían retumbado con tal fuerza en la arena pública. Ni siquiera se habían oído cosas parecidas en aquellos tiempos —polis griega, res publica romana, monarquía de derecho divino— en los que una especie de aliento sagrado insuflaba lo político.

Pero ¿hoy?... ¿Hoy, cuando la vida política se ha convertido en un prosaico asunto de mercaderes? Hoy, las anteriores palabras —fueron pronunciadas el 29 de octubre de 1933 en el acto fundacional de Falange Española— resultan para nuestros modernos oídos tan extravagantes como estafalarias; y ello a pesar —quizás añada alguien— de que son estéticamente bien bonitas. ¡Qué bien suenan, hay que ver! ¡Qué bien dicho está! ¡Y tan guapo, el pobre, como era! Etcétera.

La conciliación de contrarios

La conjunción de lo poético y lo político —la pretensión de movilizar a las masas invocando un aliento poético o espiritual— constituye, es cierto, toda una

contradicción. Lo que pasa es que hay contradicciones y contradicciones. Hay, por un lado, las contradicciones funestas, los despropósitos insensatos. Y hay, por otro lado, la Gran Contradicción —«el abrazo de contrarios», suelo llamarlo— que, como ya sabía Heráclito, mueve al mundo y a la vida: esa vida que nunca existiría sin estar azuzada por la muerte; o ese orden de lo inteligible que tampoco existiría sin estar entrelazado al de lo sensible o emotivo.

Ahí, en ese abrazo de contrarios, es donde se sitúa la conjunción de lo político y lo poético: en el combate que, necesariamente enfangado en el lodo de la arena pública, es conducido por un ansia poética o espiritual.

¿Cuál es esta ansia? ¿Cuál es este combate?

Se trata de un ansia y un combate —el fondo mismo del proyecto joseantoniano— en los que se entrelazan dos términos también contradictorios: *revolución* y *conservación*. La revolución que lleva a romper con la vieja, retrógrada concepción del mundo, al tiempo que se conserva todo aquello que, de la tradición, resulta imperativo conservar.

Pero ¿en qué consisten, concretamente, tal revolución y tal conservación?

Con lo que hay que romper, propugna José Antonio, es con las flagrantes injusticias sociales del liberal-capitalismo (no, desde luego, para sustituirlas por las injusticias, mucho peores, del socialismo). Pero con lo que también hay que acabar es con la descomposición de las cosas, con la pérdida de su savia o sustancia: esa consecuencia del individualismo y el materialismo que conducen —escribía— «*no a la muerte por catástrofe, sino al encharcamiento en una existencia sin gracia ni esperanza, donde todas las actitudes colectivas nacen enclenques [...] y la vida de la comunidad se achata, se entorpece, se hunde en mal gusto y mediocridad*».

Frente a esa vida mediocre y enclenque, lo que se impone es alzar el aliento poético, desplegar el renacer espiritual de un mundo regido en nuestros días por exclusivos afanes materiales y presidido por una igualdad y unas libertades que, contrariamente a lo que pretenden sus enemigos, José Antonio no rechaza en absoluto. Al contrario, lamentando su carácter meramente formal, pretende revitalizarlas, dotarlas de auténtico sentido y contenido.

Por ello escribía: «*Lector, si vive usted en un Estado liberal procure ser millonario, y guapo, y listo, y fuerte. Entonces, sí [...], la vida es suya. Tendrá usted rotativas en que ejercitar la libertad de pensamiento, automóviles en que poner en práctica su libertad de locomoción*». Si no las tiene, si no se encuentra usted en el meollo del poder económico, se quedará arrojado a la cuneta.

La Nación

Y, entrelazada con todo ello, España, la Nación: esa «unidad de destino».

La Nación, la Patria: el pilar de ese orden sustancial, orgánico, por el que José Antonio aboga y que se halla en las antípodas de lo que Zygmunt Bauman denomina la «modernidad líquida».

La Nación, la Patria: el lugar de la tradición, de los orígenes, del destino. De todo aquello sin lo cual nada seríamos ni nada hablaríamos.

La Nación, la historia, la tradición: esa lava incandescente que desplegándose a lo largo de los siglos, engarza a los vivos con los muertos y los proyecta hacia los venideros.

La Nación: la negación misma del nacionalismo cerril, hosco, zafio, de igual modo que la Patria, entendida como se debe, representa la negación del patriotismo chabacano, chato, chovinista.

La Nación: esa unidad de destino que se opone al «terruño», cuya provinciana estrechez de miras José Antonio combate denodadamente.

¿Y el franquismo en todo eso?

¿Qué tiene todo ello que ver con el Régimen instaurado tras la victoria del bando nacional en la Guerra Civil? El franquismo hizo de José Antonio un santo y llevó la Falange a los altares; pero bien poco tienen que ver los ideales de ésta con la realidad de aquel Régimen prosaico y gris, cada vez más aburguesado, y que tan lejos estaba del aliento poético que *«mueve a los pueblos»*.

¿Qué podían tener en común la *«España alegre y faldicorta»* que defendía José Antonio, y la mojigata España de recatadas faldas y remilgadas conductas alentadas desde los púlpitos? Salvo las apariencias externas, salvo aquella parafernalia de corrajes, escuadras y camisas azules, muy poco, casi nada tenían que ver ambas cosas entre sí.

Quince días antes de ser fusilado, y mientras se ofrecía para intentar conseguir un cese de hostilidades entre los dos bandos enfrentados a muerte, el propio José Antonio había intuido todo lo que lo separaba del naciente franquismo. Con palabras esquemáticas —se trata de las notas de un borrador— pero profundas y duras, analizaba la naturaleza social, política e ideológica de quienes se habían alzado en armas.

«Un grupo —decía— de generales de desoladora mediocridad política. Puros tópicos elementales (orden, pacificación de los espíritus...). Detrás: 1) El viejo carlismo intransigente, cerril, antipático. 2) Las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas. 3) El capitalismo agrario y financiero, es decir: [...] la falta de todo sentido nacional de largo alcance».

El sentido nacional de largo alcance, el otear a lo lejos, el mirar con ojos de águila: era eso lo que caracterizaba a quien, en uno de esos milagros que sólo ocurren una vez cada mil años, conjuntaba dos rasgos extraordinarios: los del luchador avezado al fiero combate en la arena política, y los del hondo, sutil pensador entregado a los grandes retos del espíritu.

Poco, sin embargo —unos cinco años—, duraría aquel milagro. Una ráfaga de ametralladora acabó con él. Apretaron el gatillo los mismos salteadores de tumbas que han creído, ochenta y siete años después, poder borrar la presencia de José Antonio. ¡Vano empeño! Nada podrán contra la presencia y la memoria del único político-poeta, del único político-filósofo que en nuestra historia ha sido.

9

Carta a un amigo que no conoce a José Antonio

Jeroni Miquel Mas Rigo para La Razón de la Proa

Antes de nada, quiero señalar dos cosas: una, que te considero un amigo —aunque no nos conocemos personalmente— por la relación epistolar que hemos mantenido; y otra, que me duele escribir esta carta, pues siento verdadero aprecio por una persona muy allegada a ti, que siempre me ha tratado con cordialidad y amabilidad. No me acojo al consabido *amicus Plato, sed magis amica veritas*; pues yo no pretendo estar en posesión de la verdad. Simplemente, creo que no estás bien informado.

He leído, con dos semanas de retraso, el artículo que publicaste en un diario digital (el 24 de abril pasado) con el título *La verdad sobre el proceso de José Antonio*. Sorprendentemente, no dices nada sobre el proceso. Y eso que llevas más de veinte años publicitando, en tu perfil de profesor universitario, que vas a editar las memorias del juez Federico Enjuto —el magistrado que fue expulsado del Partido Comunista, por exiliarse un año antes de acabar la Guerra Civil, y que instruyó el sumario del fundador de la Falange—, con una introducción tuya. Me limitaré, pues, a comentar lo que sí manifiestas en el artículo.

Consideras que calificar, como hizo por unanimidad la Comisión de Expertos – nombrada por el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero e integrada por reconocidos antifranquistas–, a José Antonio como una víctima más de la Guerra Civil *«es una provocación que prueba la existencia de múltiples muestras de la continuada hegemonía cultural del nacionalismo de inspiración franquista en la vida pública española contemporánea»*. Naturalmente, eres muy libre de pensar lo que quieras al respecto; pero, en mi modesta opinión, la hegemonía cultural que impera en España no tiene nada que ver con el nacionalismo franquista. No sé si el hecho de que vivas en Estados Unidos puede haber influido en esa especie de paranoia franquista que manifiestas en tu artículo.

Escribes que *«Hoy día conocemos muchos más detalles sobre las múltiples conexiones de Primo de Rivera con los demás golpistas»*. Creo que debiste habernos informado de esos “detalles” de los que hablas. Lo cierto es que hasta el 29 de junio de 1936 (19 días antes del frustrado golpe de Estado) José Antonio no se comprometió con el general Mola, que era “El director” de la conspiración. Como escribe el historiador González Calleja –que, como sabes, es antifalangista:

«Acuciado por las presiones de los militares, de algunas personalidades de la extrema derecha y de un importante sector de su partido, Primo acabó aceptando la participación en el complot, tras comprender que una inhibición en el mismo supondría la definitiva desaparición de Falange como grupo político organizado».

Nos dices que *«Primo de Rivera fue ejecutado por su clara participación intelectual y política en la rebelión contra la república tras un juicio en que el mismo se defendió y que le brindó las garantías del estado democrático republicano, con un proceso que incluyó un juez instructor, un tribunal de derecho con tres magistrados, y un jurado popular de catorce miembros»*.

Hace tiempo que dije, en un libro sobre la manipulación franquista del proceso de José Antonio, que los dirigentes republicanos, juzgados por los nacionales, gozaron de menos garantías procesales que las que tuvo el fundador de la Falange; pero eso no significa que en su juicio no se cometieran graves irregularidades. No puedo extenderme, por falta de espacio, sobre ello; pero si te interesa debatirlo, estoy a tu disposición. Pero, si el proceso fue tan justo cómo pretendes, dime: ¿por qué el fiscal jefe de la Audiencia de Valencia, Juan Serna, que fue el primer fiscal del sumario, solo quería pedir unos pocos años de condena por conspiración para la rebelión militar?, y, por ello, fue apartado de la instrucción. ¿Por qué Largo Caballero mintió descaradamente, en sus *Memorias*, al negar que su Gobierno hubiera dado el “enterado”, requisito previo para la ejecución? ¿No te parece sospechoso que el fiscal y el juez instructor, apenas unos pocos días después del juicio, fueran nombrados

miembros del Tribunal Supremo? En un juicio penal, con garantías, no es suficiente con que el acusado sea culpable para condenarlo. Hay que probar la culpabilidad. Y eso no lo hizo el fiscal. Por cierto, con relación al juez Federico Enjuto –que te es tan próximo, aunque sea por afinidad–, supongo que sabes que su prima, Zenobia de Camprubí, anotó en su “Diario”, escrito en el exilio:

«La noticia de que venía Fred [Federico Enjuto]. No me puedo olvidar de que sentenció a P. R. [Primo de Rivera], y aunque sólo Dios sabe lo que uno haría si lo presionaran mucho, me desaparecí para no tener que darle la mano. No sé cómo pudo hacerlo y algún día tendré que verlo» (5-XI-1938).

El marido de Zenobia, el poeta Juan Ramón Jiménez, premio Nobel de Literatura, en una carta dirigida a Guillermo Díaz-Plaja, escribió:

«No hay espinazos en España más horizontales que los de Azorín, Unamuno, Maeztu, Antonio Machado, etc. [...] Espinazos verticales fueron los de Larra, Costa, Pi y Margall, Azcárate, Giner, Cossío, Cajal, Clarín, Ganivet, Besteiro, José Antonio Primo de Rivera. Ésos sí que fueron ‘políticos’» (27-III-1953).

Con relación a lo que afirmas, hay una cosa que quiero negar con toda rotundidad: que José Antonio se rebelase contra la República. José Antonio se alzó contra el Gobierno del Frente Popular. Mola, al igual que Queipo de Llano y Cabanellas, así como la gran mayoría de los oficiales que se sumaron al golpe de Estado, eran republicanos. No voy a incidir en esto, porque está al alcance de cualquiera que, con honradez intelectual, se quiera informar. Al fracasar el golpe, se impuso el alfonso Franco, que vio favorecida su postura monárquica por el fallecimiento de Cabanellas y, sobre todo, de Mola (no se sabe si en un accidente o en un atentado) y por la desarticulación del sector hedillista de la Falange. Por otra parte, no es justo calificar a José Antonio de golpista y no condenar la rebelión de los socialistas, comunistas y separatistas, en octubre de 1934, contra el gobierno legítimamente constituido. Los mismos dirigentes republicanos se habían rebelado, en diciembre de 1930, contra el Gobierno del general Berenguer, que había concedido una amnistía, quería volver a la normalidad constitucional y convocar elecciones generales. Los capitanes Galán y García Hernández, que fueron fusilados por rebelión militar, fueron elevados a la categoría de héroes por la República. Por cierto, cuando en el mes de abril de 1935, las tumbas de los dos capitanes fueron profanadas, José Antonio se apresuró a condenar el cobarde atentado.

Tampoco estás muy acertado cuando manifiestas que *«Primo de Rivera no había predicado, sin embargo, mensajes ni enseñanzas de hermandad, de perdón, piedad, o paz, sino el evangelio de su FE nacional (Falange Española), la dialéctica*

de 'los puños y las pistolas', liderada por unas escuadras bélicas de nostálgicos de un imperio finiquitado».

Cinco días después de las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular, José Antonio dictó unas instrucciones en las que decía:

«Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo Gobierno ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas».

Cuando el golpe de Estado fracasó, propuso un Gobierno de reconciliación nacional, integrado por políticos republicanos (la gran mayoría, como el presidente, eran masones) y el socialista Prieto. En su testamento, dejó escrito que:

«Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles».

José Antonio no fue el introductor de la violencia en España. Según el historiador antes mencionado, González Calleja, entre abril de 1931 y julio de 1936, la violencia de distinto signo ideológico segó la vida de 2.629 seres humanos en España. Según el citado autor, en el primer bienio republicano (por tanto, antes de la fundación de Falange Española), se produjeron 540 víctimas mortales. Durante el segundo bienio (si descontamos los muertos provocados por la revolución en Asturias y la rebelión militar de Companys), 621. Solo durante el Gobierno del Frente Popular (19 de febrero a 17 de julio), hubo 384 muertos (un 30% provocados por las fuerzas de orden público) y eso es lo que el país estuvo, los cinco meses, en estado de alarma (equivalente al actual estado de excepción). En cualquier caso, esa «dialéctica» perjudicó más a FE que a las izquierdas. Según el mencionado profesor, las bajas falangistas fueron: sesenta y siete muertos durante el período del Frente Popular y cuarenta y una durante el bienio previo (total período republicano: 108 víctimas). A su vez, durante el último período, FE sería responsable de la muerte de sesenta y cuatro izquierdistas, mayoritariamente socialistas y comunistas. Cuando los falangistas realizan su primer atentado con víctima mortal (10 de junio de 1934), ya llevaban un centenar de heridos y un mínimo de ocho muertos. El historiador Payne, al que tu citas, eleva la cifra de falangistas asesinados, previos a la primera represalia, a quince o dieciséis. Para el filósofo Heleno Saña, de obvias simpatías ácratas,...

«Antes de organizar ella misma sus cuadros represivos, la Falange fue víctima de las represalias de la extrema izquierda. Todo el que no tenga en cuenta este hecho decisivo se descalifica a sí mismo para enjuiciar con honestidad el proceso evolutivo, las agresiones y el crimen político».

Por otra parte, los dirigentes de Falange fueron detenidos, así como unos dos mil afiliados. Mientras que las milicias socialistas, trescientos hombres armados,

podían actuar con absoluta impunidad. Según el testimonio de un dirigente comunista, Manuel Tagüeña, cuando alguno de los miembros de las dichas milicias era detenido por la Guardia Civil y se les secuestraban las armas, se procedía a devolver estas por orden de las autoridades.

Según expones, José Antonio *«rechazaba la lógica redistributiva y emancipadora de la socialdemocracia reformista, del anarquismo utópico, o del socialismo revolucionario y del comunismo soviético»*.

Pero resulta que José Antonio Balbotín, que fue diputado comunista durante las Cortes Constituyentes de la República, escribió:

«Fui un buen amigo de José Antonio Primo de Rivera. Él quería una reforma agraria mucho más radical que la mía, pero es claro que nadie le hizo caso».

José Antonio predicaba un sindicalismo autogestionario:

«Poco más o menos, los socialistas entregan la plusvalía, es decir, el incremento de valor del trabajo humano, a la colectividad organizada en Estado. En cambio, el sistema sindicalista adjudica esta plusvalía a la unidad orgánica del mismo trabajador. Se diferencian los dos del sistema capitalista actual en que éste la adjudica al empresario, al que contrata el trabajo. [...] Falange Española [...] al decidirse por uno de esos dos sistemas optó por el sindicalista, porque creo que conserva en cierto modo el estímulo y da una cierta alegría a la unidad orgánica del trabajo».

Pero donde más te equivocas, siempre según mi juicio, es cuando escribes que *«un elemento disgregador o disolvente de la idea de España, fue quizá la mayor aportación divulgativa de Primo de Rivera y de Franco, instituyendo un nacionalismo español intolerante que aún proyecta, incluso sobre la Constitución de 1978, la idea de la nación española como una ‘unidad de destino en lo universal’, innegociable, pre-constituida, inmutable y sagrada»*.

Por lo visto ignoras que el concepto de “unidad de destino” procede del austromarxista Otto Bauer; si bien, a José Antonio le llegó a través de Nicolás Berdiaev y José Ortega y Gasset. También creo que desconoces que, en la *Declaración sobre la Unión Europea*, hecha en Stuttgart, el 19 de junio de 1983, por el Consejo de la Comunidad Europea, se dice:

«Los Jefes de Estado y de Gobierno confirman su empeño de progresar en vía de una unión cada vez más estrecha entre los pueblos y los Estados miembros de la Comunidad europea, fundándose en la conciencia de una comunidad de destino...».

El catalán Raimon Galí, dirigente del *Bloc d'Estudiants Nacionalistes*, que participó en uno de los varios encuentros que José Antonio tuvo con los dirigentes del bloque, dejó escrito en sus *Memòries*:

«De este y de los otros encuentros sacamos las siguientes conclusiones: primera, que José Antonio respetaba la identidad de Cataluña. [...] José Antonio era un personaje que atraía por su maravillosa educación y por su temperamento. De aquí su amistad con Benet Caparà. En el fondo deseaba una unidad de España querida por todos». [Traducido del catalán].

No puedo extenderme más y por eso voy a terminar esta carta abierta. Lo hago con unas palabras del que fuera secretario general de la Federación Anarquista Ibérica, Diego Abad de Santillán, sobre el fusilamiento del líder falangista:

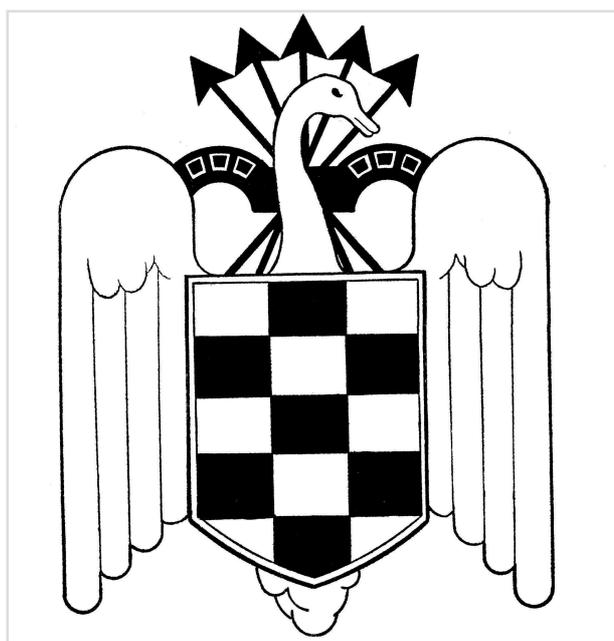
«Aquello fue un crimen y, más que un crimen, una estupidez. [...] Además, José Antonio Primo de Rivera, Juan Peiró y Julián Besteiro –cada uno en su posición– eran España y a España no se la fusila».

Te deseo lo mejor para ti y para Cecilia.

10

No hay canto de cisne

Rafael Sánchez Mazas



«El secreto del cisne consiste en que es la más fuerte, dura y valiente de las aves de guerra, la sola que hace frente al águila y le vence. Cuando la cultura rige al heroísmo y se vuelve como Minerva armada, vence a los gigantes. No hay picos ni garras que puedan contra la blancura heroica del cisne, contra su terco ardor en el combate, contra la exactitud infalible de sus golpes.

»El poeta del siglo pasado venía a buscar a los cisnes como compañeros de la desolación. La mala información romántica le conducía a eso. El cisne, tranquilo y erguido en sus espejos, hecho en su pureza de mármol, signo y estilo, armonía y concepto, parece sólo divagar silenciosamente para la especulativa abstracción del agua, que refleja la universalidad de los cielos. Pero nadie, en el mundo que vuela, osaría turbar su silencio ni tocar su blancura. Los halcones más torvos verían con terror su furia divina.

»Haced, pues, honor al símbolo del cisne y batíos por él. Sed, como él, invencibles en todos los terrenos frente a la barbarie. Ya sabéis que no hay cantos de cisne. Es una mentira inventada por la melancolía poética. Acordaos bien, camaradas, de que el cisne no tiene canto de agonía, sino grito de guerra. Y silencios.»

[RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS, "El SEU con el guión del cisne", Haz, 28 de mayo de 1935] Ilustración: Alfonso Ponce de León (1906-1936).

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com